

FRANCISCO DE COSSIO

*

Preghón _____

de la

SEMANA SANTA

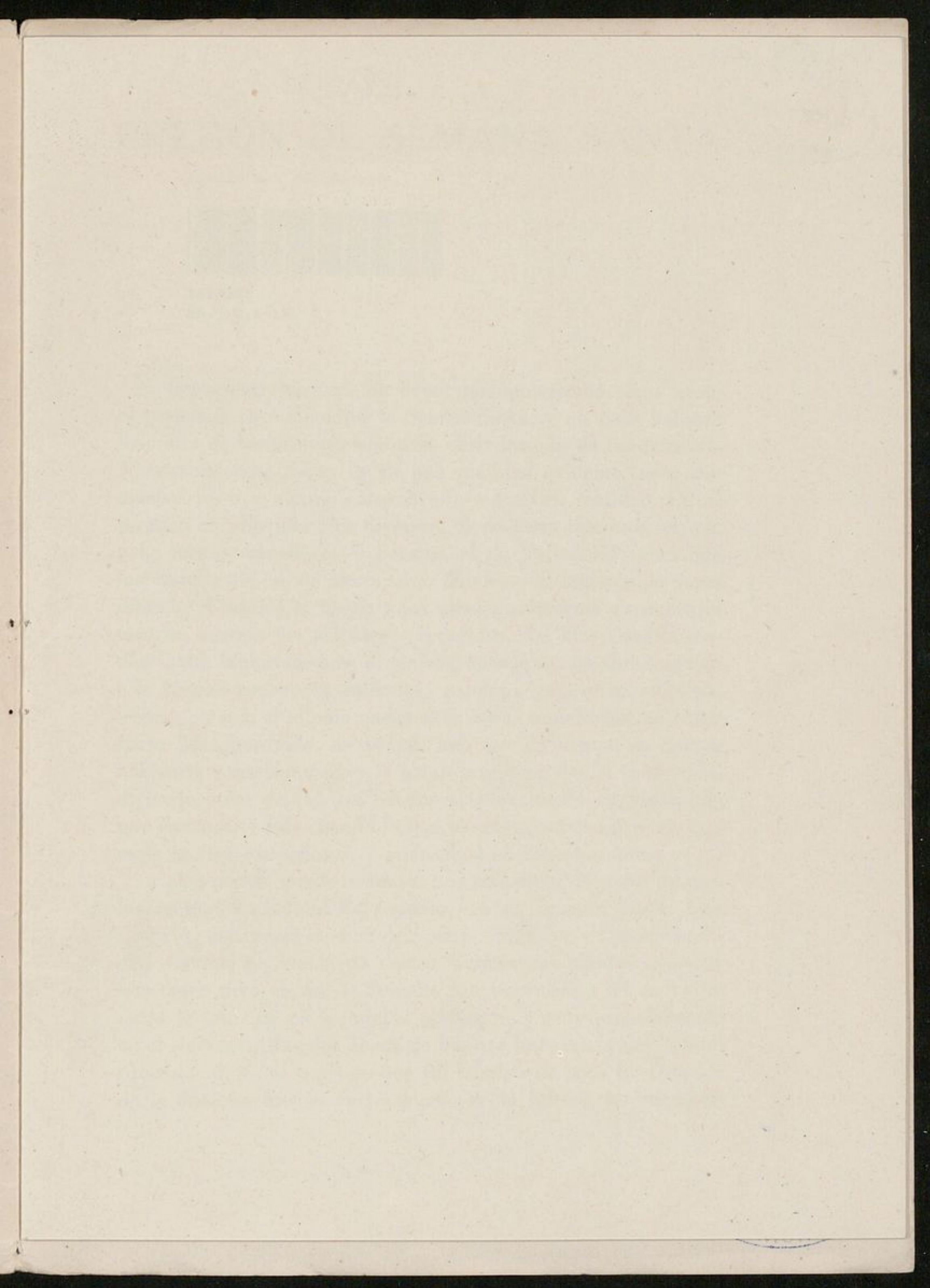
de VALLADOLID

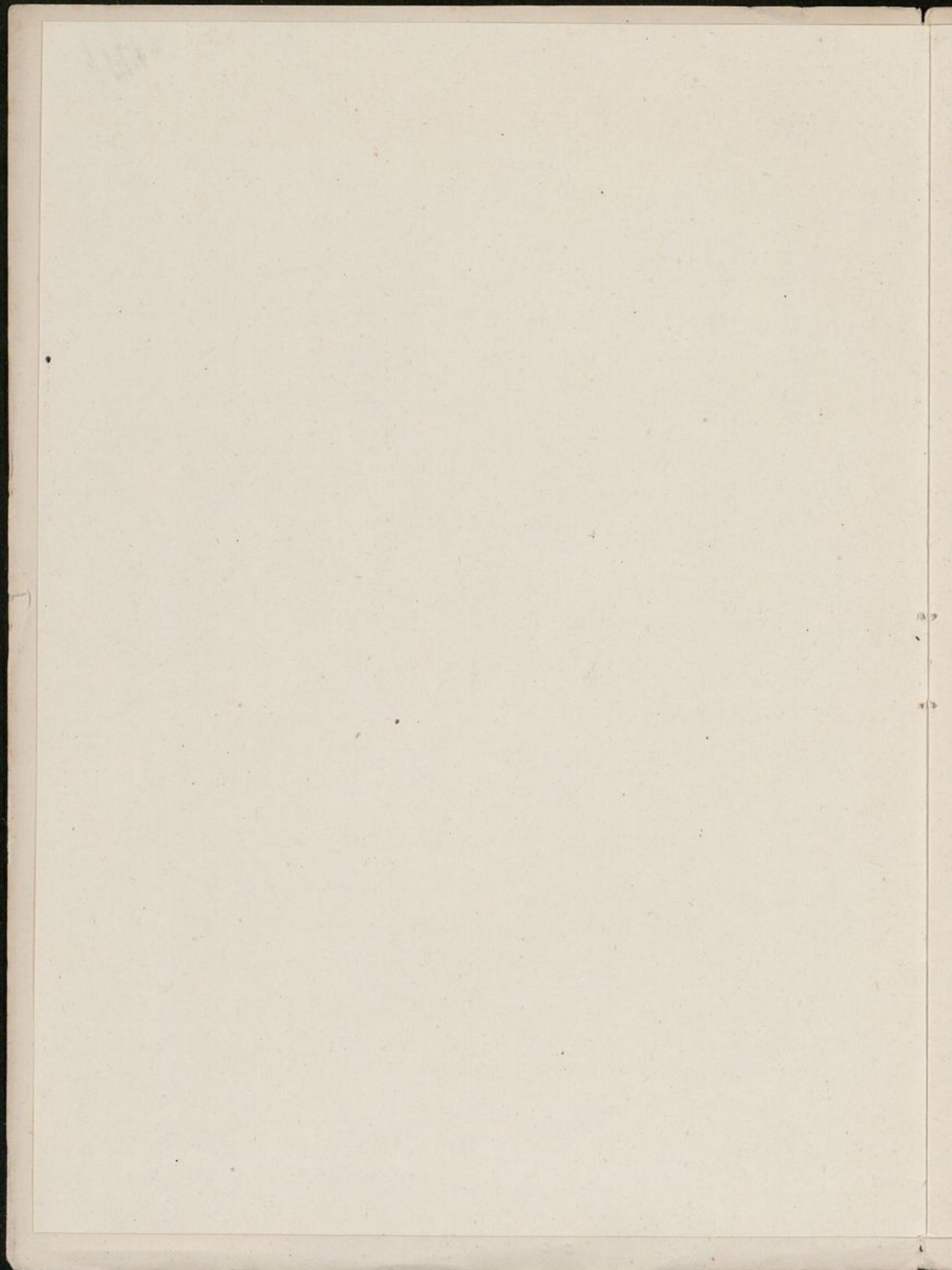
1948

EDITADO POR LA JUNTA DE SEMANA SANTA DE VALLADOLID

FA - C.1-17







R 17891

fol 4072-1
ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL

PREGON DE SEMANA SANTA

Biblioteca del Archivo



1323391

FA - C.1-17

Representa para mí un honor tan inmerecido como grato el pregonar en Valladolid la Seman Santa, y no para halagar los oídos de los propios, sino para abrir los ojos de los extraños. Nuestra Semana Santa es ya una realidad evidente, pero son muchos los que aún no conocen esta magnífica realidad. Quizá jueguen en ello intereses diversos, y, de estos intereses, el que pone menos empeño es el nuestro, el de Valladolid; y es que los castellanos, no de ahora, sino de siempre, han venido supeditando el interés al ideal, y los ideales solamente enaltecen el espíritu cuando son callados y recogidos. Así hizo Castilla muchas cosas importantes en el mundo, apenas sin palabras, siendo ella la que tenía más auténticas palabras para proclamar sus hechos, ya que el idioma nacional se llama unánimemente castellano. Mas, con todo, no está de más que de tiempo en tiempo hablemos y ennoblezcamos la palabra pregón, dando fe de vida, diciendo a los demás que existimos, y exaltando en justicia lo que tenemos, y más cuando lo que tenemos, como ocurre en este caso, es algo excepcional, y podríamos afirmar que único.

¿Un pueblo puede restaurar una tradición? He aquí un problema que Valladolid ha resuelto con su Semana Santa. Una tradición casi perdida, que, de pronto, reaparece y aun se ensancha. Cuando el Arzobispo doctor Gandásegui planteó conmigo este deseo suyo, de que la Semana Santa volviese a ser en Valladolid lo que fué en los siglos pretéritos, y muy especialmente en el siglo XVII, la gran época de nuestra imaginería del "paso" procesional, yo os confieso que fuí hombre de poca fe. Después de la desamortización de los bienes de la Iglesia, no quedó en

pie, aparte de algunas imágenes de devoción, sino un solo "paso" íntegro y completo, el del Descendimiento. Los demás "pasos" se disgregaron, muchas de sus figuras se perdieron, y las más de ellas se amontonaron, casi como madera para quemar, en los sótanos del Colegio de Santa Cruz. Cuando se organizó el Museo, algunas de estas figuras formaron parte de su instalación, así el Cirineo y la Verónica, mas la mayor parte permanecieron durante muchos años en la oscuridad de unos sótanos. Quizá esta oscuridad las preservó de una emigración irreparable.

La investigación de don Juan Agapito y Revilla hizo mucho, no sólo para su renacimiento, sino para la formación de los diversos grupos con toda la autenticidad que era posible, ya que faltaban bastantes figuras, y las pruebas documentales no eran suficientes para determinar de un modo seguro las que correspondían a cada uno de los "pasos" que había que reconstruir. Con lo que había, sin embargo, juzgamos que podría enriquecerse nuestra procesión de Semana Santa, con nuevos "pasos" que, si no idénticos a los del siglo XVII, se aproximarían bastante a ellos, ya que todas las figuras eran auténticas, y ni por un momento se pensó ni en restaurarlas ni en completarlas con nuevas figuras. Así el doctor Gandásegui, a quien ayudaba en esta empresa don José Zurita Nieto, vió un día formados los grupos que constituyen esos "pasos", en las salas del Museo. Ya no faltaba sino algo importante, dinero para construir los carros donde estas figuras habrían de montarse. Entonces surgió un gran castellano, don Antonio del Campo, que tenía taller de carretería, y él, ante el Arzobispo, se comprometió a construir a crédito las carrozas necesarias. Yo creo un deber hacer públicos estos primeros impulsos, ya que de ellos procede lo que hoy tenemos, que es mucho más que lo que en aquellos orígenes, en los que parecía jugar más la fantasía que la realidad, podíamos esperar. Y se hicieron los carros, y se instalaron en sus plataformas las figuras que habían de constituir los "pasos". Ya teníamos, pues, lo que podemos llamar la máquina. ¿Qué faltaba para que esta prodigiosa máquina funcionase? La restauración de la fe, y no ciertamente de una fe religiosa, que en Valladolid

existía, sino la fe en la nueva obra. Habíamos recogido en fragmentos las figuras que constituían los “pasos”, pero habían desaparecido las cofradías, con pequeñas excepciones, y esto ya no era una labor de reconstrucción, sino de creación. He aquí cómo en pleno siglo XX pudo crearse una tradición.

¿Qué teníamos de la Semana Santa de Valladolid de la época de Felipe IV? Joyas inapreciables de nuestra imaginería y tres iglesias penitenciales, la de las Angustias, la de la Cruz y la de Jesús, ya que la de la Pasión se hallaba en ruinas, y, en estas iglesias, unas cofradías que velaban por el mayor esplendor de las imágenes, la Virgen de los Cuchillos de Juan de Juní, el Jesús Nazareno y la Dolorosa de Gregorio Fernández. Existían otros “pasos”, como el del Descendimiento, e imágenes muy apreciadas, como el Cristo de los Carboneros y el de los Artilleros, y aun una Oración del Huerto a la que acompañaba un grupo de hortelanos. Esta era la procesión de mi infancia, y, posiblemente, cuando contemplo nuestra gran procesión de ahora, siento la nostalgia de aquella corriente procesional que inspiraba la emoción del pasado, cuando aún el “paso” del Descendimiento se llamaba “reventón” porque era transportado a hombros, y el Cristo de los Carboneros llegaba con sus brazos a los balcones más altos, por la calle de Cantarranas, y la Virgen de las Angustias penetraba en el templo dando la cara al pueblo, iluminada por bengalas, entrada magnífica que yo presencié muchas veces desde lo alto de la calle de Alonso Berruguete. Sobre todo aquello gravitaba el poder del pasado, la corriente del tiempo. Entre tantas cosas perdidas, algo se conservaba aún. Lo que se hizo, pues, en el momento restaurador, fué ampliar, completar y organizar. Y así, hoy, ningún pueblo de España puede ufanarse de haber restaurado una tradición, como Valladolid, quizá porque este arte de la talla policromada representaba en la ciudad uno de los esfuerzos artísticos más representativos y originales que se han realizado en el arte religioso español.

Los grandes talleres de imaginería, a partir del siglo XVI, estaban en Valladolid. Y de aquí, en el siglo XVII, se difundió este arte excepcional a las ciudades andaluzas y levantinas. Hoy

tenemos en Valladolid Cristos y Dolorosas del siglo XVI, cuando se inicia, tras el de los retablos, el período de la imagen de devoción; mas en el siglo XVII, época del “paso” procesional, surgen en Castilla estos grupos escultóricos — Zamora, Medina de Rioseco, Valladolid—, que tan íntimamente ligados se hallan a la dramática de esta época, y no sólo a los autos sacramentales, sino a la comedia de costumbres. Nos hallamos en el momento culminante del teatro español. Las mismas cofradías representaban comedias en las salas capitulares de sus iglesias, y cada “paso” no era sino una escena dramática, en la que cada personaje tenía su caracterización y su vestuario, que correspondía exactamente, con un ingenuo anacronismo, a la plástica teatral de aquel tiempo. Escenas mudas, pero tan expresivas, que parecen habladas, y ante las que el pueblo, de espectador, se convierte en intérprete. Las mujeres que acompañan a la Virgen en su soledad, se funden con la imagen de madera, convirtiéndose en actrices del drama. Quizá no encontremos una muestra más evidente del realismo español, ni una fusión más íntima entre lo fingido y lo real.

Los muchachos, en la Plaza Mayor, donde se formaban los “pasos”, tiraban piedras a los judíos, y muchos de estos judíos eran perfectas caricaturas de los judíos de la platería y de la banca, que en estos días no se atrevían a salir de casa, por miedo a la indignación popular.

Todo esto es lo que constituye una Pasión viva, en la que el pueblo cristiano sale de la esfera de la reflexión y meditación, en la intimidad de las ceremonias del templo, para vivir en la calle el proceso de la Pasión de Cristo y sentir de una manera real, al aire libre, como las buenas gentes de Jerusalén, de una parte, el sacrificio sublime de la Redención, y de otra, el dolor de la Virgen y de las santas mujeres que la acompañan, la piadosa generosidad de Cirineo, el aleccionador arrepentimiento de Dimas, la comunión en la fe con los Apóstoles, y, en contraste melodramático, ver en figuras tangibles la perversidad y monstruoso ensañamiento de escribas, soldados, verdugos y plebe, que llevan en sus rostros los infamantes estigmas que la vio-

lencia, la procacidad, el odio ciego y la pasión más baja ponen en los hombres cuando, frente a la suprema verdad, alían los instintos crueles con la injusticia.

Este sentido realista del arte religioso español, en parte ninguna lo podemos advertir como en esta procesión de Viernes Santo, en la que las figuras de la Pasión se funden con el pueblo como una realidad que, a la media luz del atardecer, se hace viva y palpitante, ya que los modelos están copiados por el escultor de personajes vivos, y si en las figuras odiosas tienden a los rasgos caricaturescos, en las figuras nobles, el Cirineo, la Verónica, María Magdalena, San Juan..., son rostros castellanos, sorprendidos en la más elevada expresión. Si la Verónica es una dama noble, que muestra en su semblante y actitud ser una mujer de clase aristocrática, el Cirineo es un hombre del campo, de la llanura, que, aun tomando la Cruz con la delicadeza de librar a Jesús del peso de su propio suplicio, tiene cierto ademán de arador, como si tratase de abrir con la Cruz un surco profundo que, simbólicamente, podemos decir que es el surco de nuestra Redención.

Después de nuestra guerra liberadora, el anhelo y aun la competencia procesional han surgido en casi todas las ciudades de España. Es pueril establecer una rivalidad, desde un punto de vista crítico, entre las diversas procesiones de las que, los encargados de canalizar el turismo, han hecho copiosa propaganda, quizá con un injusto olvido de Valladolid, al que se le cita en un último folleto, como uno de tantos pueblos donde hay procesiones. No quisiera yo que este Pregón sea, simplemente, un instrumento de propaganda para la atracción de forasteros. La publicidad más eficiente de nuestras procesiones la dan los que vinieron un año y marcharon a distintos lugares del país, maravillados de lo que habían visto. Esta es asimismo la propaganda de nuestro Museo, que en mis viajes fuera de España, incluso en tierras americanas, he advertido que era más conocido y estimado entre aquellas gentes que por muchos españoles. Mas sí es nuestro deber establecer jerarquías, para que las propagandas ajenas queden en su lugar. En España hay tres nombres

que son el eje de las tres procesiones más representativas, dentro del carácter de cada región. Gregorio Fernández, Martínez Montañés y Salzillo. Este último, escultor del siglo XVIII y verdadero genio de la imaginería, a pesar de que su obra se produce en un momento de irreparable decadencia. Digamos, pues, que las tres procesiones españolas que representan tres modelos de escultura nacionales, son en Sevilla, en Murcia y en Valladolid. Una manera andaluza, una manera levantina y una manera castellana. Valladolid es más fuerte en su tradición por dos razones: la primera, porque se adelantó en el tiempo; la segunda, porque tuvo que luchar casi todos los años con la inclemencia del clima. Así, Sevilla pudo enlazar lo místico con lo profano, la Semana Santa con la Feria.

Mas por esto, por la dureza del clima, nuestra procesión lleva dentro de sí un sentido religioso que, quizá, no lleva ninguna otra. En Valladolid, el espectáculo procesional se convierte en culto y la emoción popular no se traduce nunca ni en gritos, ni en cantos, ni en bullicio. La ciudad entera, mientras la procesión desfila, es como un templo, y cuando ante las Vírgenes de las Angustias o de la Cruz, los espectadores apoyan su rodilla en la tierra, no se escucha ni un susurro y, en cambio, en muchos rostros se ven resbalar las lágrimas.

Nos hallamos ante un silencio religioso que no puede darse sino en Castilla, que es la tierra que posee paisajes para los grandes silencios, y cuando este silencio se pone más a prueba, es en la mañana de Viernes Santo en la Plaza Mayor, en la que se reúnen todas las cofradías, y una multitud que llena la plaza y las calles que desembocan en ella, para escuchar el Sermón de las Siete Palabras. Este espectáculo religioso, por su grandiosidad y su penetrante emoción, es posiblemente único en el mundo, y revelador del carácter de un pueblo que, en el curso de nuestra Historia, en todos los momentos solemnes y decisivos, ha sabido callar. Esto no corresponde al arte, sino al carácter. Yo confieso que lo que en nuestra conmemoración de Semana Santa encuentro más emocionante, es el silencio. Un silencio que se hace tangible, que se respira y se toca, y que es como una

corriente de emoción y de piedad que pasa por sus calles entre unos rostros estáticos y se remansa en las plazas, sobre las cabezas de una multitud atónita.

Tenemos, en este caso, que pronunciar la palabra solemnidad. En su valor estricto, tal como es la palabra latina, *solemnis*, lo que se hace cada año. Y en su sentido figurado, que tan bien va al carácter de los hombres de Castilla, acto o suceso grave, majestuoso, imponente. ¿Cómo han podido improvisar nuestras cofradías el paso, la actitud y el ritmo? No son ya un modelo de disciplina, son más bien el engranaje de una máquina humana que, cumpliendo cada elemento su función de acompañamiento, forman todas reunidas como un ejército de piedad. Ellas dan carácter personalísimo al religioso desfile, abriendo cauce a las imágenes, entre la apiñada multitud. No es indiferente exaltar estos valores humanos entre la plástica maravillosa que acompañan. Las cofradías, en su formación rigurosa y pausada, prestan al arte el sentido del orden. Y esto, en el fondo, corresponde a un movimiento atávico. La Historia no está sólo en los archivos y en los libros, la llevan dentro de sí los hombres. La Historia es, de una parte, el peso del pasado, y, de otra, la sangre. Yo estoy seguro de que las nuevas cofradías, aún más que vivir, reviven, sienten sobre sí la responsabilidad del pasado, e interpretan un papel histórico de un modo perfecto.

Tenemos, pues, junto al silencio, el orden, el orden sometido a una disciplina religiosa y a un ritmo solemne.

Se hace una pausa, una pausa en la que se inicia un proceso de decadencia, y al enlazarse el reciente eslabón con el viejo, la cadena rota surge de nuevo con un profundo sentido de continuidad. Esta organización no puede improvisarse; hay que llevarla dentro, hay que dejarla surgir de un subconsciente que, en muchos casos, es el resorte que determina el carácter. La imaginería andaluza corresponde al modo de ser de un pueblo vivo, despierto, apasionado, tocado de esa virtud indefinible que se llama gracia, y nuestra imaginería corresponde, asimismo, a nuestro carácter, serio, ponderado, austero, solemne en la palabra y en el paso. En la imaginería andaluza, como expresión

del carácter de ese pueblo, domina la sensualidad, en la más elevada significación que podemos dar a esta palabra, y, por el contrario, lo que determina el carácter castellano, en el aspecto religioso, podemos definirlo con la palabra ascetismo.

De ahí que en esta procesión de Valladolid la individualidad de las cofradías no descompone nunca la sorprendente unidad del conjunto. Todo funciona con sujeción a un precepto, que no le dicta ni le impone nadie, y que lleva indefectiblemente a todos a una expresión de unidad. Este desfile de Viernes Santo es toda la historia de la Pasión punto por punto. Son todas las escenas del drama, con su exposición, nudo y desenlace. Y el acompañamiento de cada escena no trata, ni en un solo momento, de dar una nota personal, independiente. Las figuras de madera representan su papel, y los cofrades que las acompañan, se funden con ellas, buscando en la sublimidad del conjunto un efecto grandioso que no corresponde a nadie, porque es obra de todos.

Y esto se consigue dentro de la fórmula de mayor austeridad. lo suntuario, siendo importante, es lo accesorio en la procesión de Valladolid. Las obras por sí mismas exigen una sobriedad de elementos decorativos y postizos. Las Vírgenes, por ejemplo, no necesitan mantos, porque llevan sobre sí un vestido de madera que el escultor armonizó con la sublime expresión del semblante. Es el triunfo de la gubia y del pincel sobre todos los aditamentos externos. He aquí el signo de nuestra austeridad. El artista labra la imagen completa y ya no puede llevar otro atavío que el que él le puso para siempre. Esto, en el curso de una tradición, tiene singular importancia. No es solamente el semblante de la imagen el que vive en el recuerdo, es la imagen íntegra, total, hecha para siempre y para que así se transmita en el curso de la piedad popular de una generación a otra.

Este sentido de la austeridad lo percibimos en Castilla en el paisaje y en los hombres. Es la capa de nuestros campesinos y el sayal de nuestros monjes; son los pueblos de tierra, y el rastrojo en el que pastan unas ovejas pardas que se funden en él; son las torres románicas y los castillos, apenas sin adornos; es el cardo de los caminos, y son los ríos turbios de cauces hon-

dos, que pasan corriendo, sin saber que a su lado hay unas tierras áridas y secas... Y como único elemento suntuario, el sol, el oro del sol, que en el estío dora la mies y en el otoño dora la vid y el álamo. Es lo que podemos llamar la muerte dorada de Castilla. Por esto, sin duda, nuestra imaginería no excluye el sol, el oro; mas nunca un oro postizo que puede quitar y poner el orfebre, sino el oro que defiende el pino, como una coraza, y que el estofador vela y oculta con pintura, como temeroso de romper la austeridad con aquella riqueza.

Posiblemente la conmemoración de la Pasión de Cristo exige este ambiente un poco áspero, sobrio y austero. Nosotros, los castellanos, quizá no podamos penetrar en su significación, porque el ambiente le da el paisaje y el clima, y los actores de este paisaje somos nosotros mismos. Yo he presenciado este espectáculo junto a espectadores, no ya de otras regiones españolas, sino de otros países de Europa, y ya por el camino de la fe, ya por el de la estética, he advertido en ellos una emoción recogida y callada que se la daba no sólo la obra de arte, sino los hombres, y, quizá, el paisaje de llanura que no se ve, pero que se siente, que penetra por las calles y que, a cada revuelta, creen que lo van a descubrir, con un horizonte lejano con muchos caminos áridos que salen para todas las partes del mundo. Este sentimiento de lejanía y de confín que, en Castilla, dan juntamente el cielo y la tierra, presta a nuestras procesiones otro carácter fundamentalmente católico, el de universalidad. Lo típico y comarcano desaparece en ellas, y por eso les va bien el canto llano, la música gregoriana, que acompaña el entierro de nuestro Redentor. Y cuando no es este canto, el rezo, el rezo de las mujeres que acompañan a María en su soledad, y que más bien que plegaria, es dolor de corazón, como si todas fuesen madres que han perdido un hijo y que saben de ese dolor, y quieren compartirlo entre los mismos brazos abiertos de la Virgen.

¡Virgen de los Cuchillós, de Juní; Soledad y Quinta Angustia, de Gregorio Fernández, cómo movéis la emocionante piedad de las multitudes! La iglesia de las Angustias, como decana

de las cofradías de Valladolid, da la noche de Viernes Santo la nota más patética y angustiosa, cuando, con las puertas abiertas y el camarín de la Virgen vacío, la espera de nuevo en una entrada que no es de triunfo, sino de dolor. Todos los "pasos" y todas las imágenes han ido llegando a la plaza de las Angustias, y, entonces, la maravillosa expresión desoladora que a esta imagen supo imprimir Juní, con un realismo desgarrador, pero que tiene un vuelo divino, llena todo el ámbito, y no hay ojos sino para ver este rostro de dolor sobrehumano, al que llegan los ecos de la Salve como sollozos, mientras ella, en un divino desmayo, penetra en el templo de espaldas, para que el pueblo la vea hasta el último momento, y para sumir su soledad en la penumbra, como diciendo a todos que la Redención está consumada.

¿Es esto que he dicho un pregón? El *praeconium* latino equivale en castellano a la publicación que en voz alta se hace en los sitios públicos de una cosa que conviene que todos sepan. Para este fin, quizá, ni mi palabra ni mi voz son eficaces. Mas yo quisiera que todos los que estáis frente a mí, y me habéis escuchado, os convirtáis en pregoneros; mas no sólo en pregoneros de un espectáculo artístico, expresado por los mejores escultores de Castilla en obras maravillosas, sino en pregoneros de una fe, de un modo universal de sentir la Pasión de Nuestro Señor, y de un movimiento callado, íntimo, austero y religioso que constituyen la esencia de estas procesiones de Valladolid, en las que el arte no es sino el motivo plástico que imprime vuelo, a lo largo y a lo ancho del mundo, de la fe de Castilla.

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL



EDICIONES LIBERTAD
VALLADOLID
